



LUZ DIVINA

Por Norma Novoa

“El Verbo de Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios”.

San Atanasio

La Filocalia muestra como principal objetivo la divinización del hombre, presentando a la oración continua como el medio más eficaz para alcanzarla. A través de una breve invocación que, constantemente repetida, debe penetrar en la profundidad del orante, generando una firme disposición para acoger la voz del Espíritu que habla desde lo más hondo del corazón, alimentando, de este modo, el deseo de unirse a Dios. Esto sucede por medio de la llamada oración “pura”, que se realiza cuando la mente se ha liberado de toda imaginación propia.

En la “oración pura”, el intelecto unido al corazón *“ve el propio estado como semejante al zafiro y al color del firmamento”*, el intelecto debe diluirse dentro del corazón para encontrarse en la unión con Dios. Esta unión divina está magistralmente expresada por Juan Clímaco: *“A veces es una ale-*

gría inefable y de grandes impulsos... otras veces, toda el alma baja y permanece oculta en los abismos del silencio... a veces, en fin, el alma está de tal manera colmada de una dolorosa ternura que solo las lágrimas la pueden calmar... Más Dios colma el alma de su luz, más ella se extiende hacia la fuente siempre más allá de esta luz, para recibir aún más y desear aún más al infinito: El amor es un abismo de luz, una fuente de fuego. Más bebe, más siente sed... Por esto el amor es una eterna progresión.”.

Mediante la oración continua el ser recobra su unidad. Vuelve la espalda a la dispersión, a la multiplicidad, a la división, pues la oración es *“la luz del alma”*, el muro que protege contra los pensamientos mundanos, la oración es indispensable como lo es el agua para los peces, es una elevación del Ser hacia Dios. Pues como dice el gran Basilio: *“El espíritu que no está disperso entre los objetos exteriores ni extendido sobre el mundo por los sentidos, vuelve hacia sí mismo y sube por sí mismo hacia el pensamiento de Dios”*

En este camino de oración es indispensable la *“ascesis interior”*, es decir, la custodia del corazón, la vigilancia espiritual, la lucha contra los pensamientos mundanos, trabajar por la pureza de la oración, no permitir en ella ningún pensamiento extraño a Dios. Nicodemo asegura que el ejercicio constante de la oración, hecho según estos criterios, alcanza con seguridad

su objetivo: *“quemará las pasiones y nos hará volver en poco tiempo a la perfecta gracia del Espíritu”* Pero esto no basta, además hay que orar con toda nuestra voluntad, con todo nuestro amor y con total atención, pues como dicen los Padres filocálicos la atención que busca la oración, encontrará la oración, y cuando ésta se convierte en plegaria del corazón, su primer efecto es la iluminación. Los ojos del corazón se abren a la luz divina. Escribe Hesiquio de Batos: *“Aquel que mira fijamente el sol, tendrá necesariamente los ojos encandilados; del mismo modo, aquel que no cese de hundir la mirada en la atmósfera del corazón, no dejará de ser iluminado”*.

Para poder recibir la Luz divina, el corazón debe quedar vacío de todo pensamiento: *“Un auténtico santuario antes incluso de la vida futura: tal es el corazón sin pensamientos en el que actúa el Espíritu, ya que todo lo que se hace y se dice en él es obra del Espíritu”*, escribe Gregorio del Sinaí.

Y Teolepto de Filadelfia afirma: *“Cuando el pensamiento no cesa de invocar el nombre del Señor; y el espíritu está totalmente atento a esta invocación, la luz del conocimiento de Dios cubre toda el alma con su sombra, como una nube incandescente... Porque el recuerdo continuo de Dios conduce a la contemplación misma de Dios, envolviéndole en la luz que viene de Él. Ya que, en efecto, cuando el espíritu está en Dios y ha dejado de concebir todas las formas de los seres, el espíritu*

ve más allá de toda forma. Habiendo alcanzado el más alto grado de desconocimiento, el espíritu queda iluminado por la luz inaccesible de la gloria”.

Es así como a través de la oración el alma se eleva, avanza y se esfuerza sin cesar en perfeccionar conscientemente en sí mismo el amor divino. Entonces el Señor y el espíritu se convierten maravillosamente en un solo Ser, como enseña Calixto el Patriarca: *“del mismo modo que Dios está espiritualmente presente en el espíritu que le recibe, así también está el espíritu en Dios, que lo penetra... Por el Espíritu, Dios y el espíritu del hombre se unen en uno y ya no son más que una sola forma, al mismo tiempo que cada cual conoce inmediata y fundamentalmente en su naturaleza lo que es divino y lo que es humano”.* Calixto describe esta acción del Espíritu que opera la unión del alma con Dios, expresando que consiste en: *“un movimiento que no tiene ni figura ni forma, sino que transfigura el alma por el resplandor de la Luz divina, y le da forma de modo natural bajo el ardor del Espíritu de Dios. Nos cambia, nos hace ser otros, tal como únicamente Dios, en su poder, lo sabe”.*

Alcanzamos así la cumbre de nuestro recorrido, donde el conocimiento de Dios se revela como Luz envolvente y se convierte en un nuevo nacimiento en Dios, que muestra que el conocimiento culmina en la total identificación con Aquel que se

ha ido dando a conocer a lo largo del camino, es de este modo como las palabras de San Atanasio con las que iniciamos, resumen perfectamente la espiritualidad filocálica: *“El Verbo de Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios”*.

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
